

## Isaías 12

Sermón Isaías 12 2014 Jer 15:15-21 Rom 12:1-8 Mt 16:21-26  
Pent 15 135 99 124

“En aquel día dirás: «Cantaré a ti, Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó y me has consolado. He aquí, Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación para mí». Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación. Y diréis en aquel día: «Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra. Regocíjate y canta, moradora de Sión; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel.» (Isaías 12)

Tenemos muchas razones para alabar a Dios y celebrar lo que ha hecho para nosotros. En el sermón de hoy, vamos a destacar algunos de esos motivos.

He escogido para nuestra meditación esta noche la conclusión de la primera parte del libro del profeta Isaías, la parte muchas veces denominada “el libro de Emanuel”. En este texto la iglesia redimida y salva canta las alabanzas de Dios que ha cumplido su gran obra de salvación. Y nosotros uniremos nuestras voces al cántico de la iglesia en Isaías, también proclamando que Dios es mi Salvador. I Nos salvó de su ira. II. Nos hace beber continuamente de las aguas de salvación. III. Nos permite proclamar su nombre salvador a siempre más personas. IV. Promete estar con nosotros siempre.

“En aquel día dirás: «Cantaré a ti, Jehová”. Esto es lo que todos los que son salvos por la gracia de Dios hacen. Es lo que proponemos hacer hoy and seguir haciendo, no sólo en este mundo, sino también por toda la eternidad. Pero la primera cosa que se menciona como tema del cántico puede parecer un poco extraño. Dice: “te enojaste contra mí”. En la voz de la ley, que también se predica aquí, nos damos cuenta de que hemos ofendido gravemente a Dios y lo hemos provocado a ira con nuestras rebeliones. Así como Israel antiguamente había merecido la destrucción y el exilio con sus rebeliones contra su Dios, nosotros también hemos merecido la ira de Dios y el

castigo temporal y eterno a causa de nuestros pecados. Cuando su pastor predica los mandamientos de Dios y amenaza a los que hacen contrario a los mandamientos con la ira y el castigo de Dios, nuestra conciencia también nos dice que es cierto, hemos ofendido, y no merecimos otra cosa sino la ira y la condenación de Dios.

Pero eso no sería motivo para celebrar, sino más bien para lamentar y llorar. Sin embargo, como dice Lutero: “La iglesia da gracias no por la ira que está presente, sino por la ira que se ha quitado; porque cuando el yugo del pecado y la muerte ha sido quitado, entonces será útil recordar los males. Pablo dice en Romanos 1:18 y 4:15 que ‘la ley produce ira’, y de esta ira el evangelio nos libra cuando se cree”.<sup>1</sup> Y esto es lo que celebramos: “tu indignación se apartó y me has consolado”. Como habló Jesús al paralítico que fue bajado del techo delante de él: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”, esto es lo que se nos asegura aquí también cuando su pastor predica el evangelio, las buenas nuevas de la salvación ganada para nosotros por el Señor Jesucristo.

Y por la gracia de Dios, la proclamación de estos dos mensajes, de la ley que nos revela nuestra culpa y condenación, y el evangelio que nos asegura que Cristo ha ganado perdón y vida eterna para nosotros, nos lleva a responder con fe gozosa, celebrando la gracia de Dios en Cristo Jesús. “He aquí, Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación para mí”. Aquí francamente confesamos que la salvación no es nada que nosotros hemos producido o a que hemos contribuido con nuestros esfuerzos. Más bien, Dios solo es el que nos ha salvado. “He aquí, Dios es mi salvación”. Pero precisamente porque dependió de Dios y la obra de Cristo en tomar nuestra culpa sobre sí y pagar en su cuerpo toda la pena que merecimos, y no de nuestros esfuerzos, podemos declarar nuestra absoluta confianza en esta salvación: “me aseguraré y no temeré”.

Esto se resalta con lo que el texto dice en seguida. “Porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación

---

<sup>1</sup> Luther, M. (1999). *Luther's works, vol. 16: Lectures on Isaiah: Chapters 1-39*. (J. J. Pelikan, H. C. Oswald, & H. T. Lehmann, Eds.) (Vol. 16, pp. 128–129). Saint Louis: Concordia Publishing House.

para mí”. Isaías aquí cita a Moisés en su canto de agradecimiento al Señor porque el pueblo había cruzado el mar Rojo en tierra seca y los ejércitos del Faraón estaban ya muertos en las profundidades del mar. La iglesia tiene mucha razón para repetir esta canción, porque Cristo nos ha librado de la muerte y la condenación cuando él murió en nuestro lugar, pagando por todos nuestros pecados. Como los redimidos del Señor, también decimos que “mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová”. Cristo, que es Jehová, justicia nuestra, y su obra por nosotros son el tema de la mayor parte de los himnos y canciones con que celebramos nuestros cultos de adoración a este Dios salvador.

Pero no alabamos a Cristo sólo por lo que hizo en el pasado. Sigue bendiciéndonos con su palabra de salvación. “Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación”. Como escribió el profeta Jeremías: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad! «Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré», dice mi alma” (Lamentaciones 3.22–24). Esta misericordia que es nueva cada mañana, que se ofrece cada vez que se predica el evangelio en esta iglesia, cada vez que el pastor anuncia la absolución, cada vez que hay un bautismo, y cada vez que se celebra el sacramento del cuerpo y la sangre de Jesús dado y derramada por nosotros para el perdón de los pecados, es comparable a un manantial que siempre brota agua nueva, no importa cuánto has sacado antes. Jesús usó una figura similar: “pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4.14).

Pero esta gloriosa agua de vida que Dios provee con su palabra y sacramento cada semana aquí no es sólo para nosotros. Los que hemos sido redimidos por Cristo y llevados a la fe, los que seguimos bebiendo constantemente nosotros mismos del agua viva del mensaje de salvación, también debemos hacer conocida esta salvación a nuestros vecinos y familiares, y de hecho aun a pueblos lejanos por todas partes de la tierra. “Y diréis en aquel día: «Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra”.

Con estas frases: “Haced célebres en los pueblos sus obras” y “sea sabido esto por toda la tierra” vemos un énfasis en la obra

misionera y el evangelismo. Parte de la bendición de escuchar aquí la obra salvadora de Cristo en los sermones que se les predicán, es que nos da el ánimo y el conocimiento que necesitamos para también compartir el mensaje de Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo también con otros que tal vez no lo sepan con suficiente detalle para que les impacte y les lleve a ellos a creer lo que es necesario para su salvación. Aquí cada uno podemos aprender qué decir al vecino que no conoce, al familiar que duda, al amigo que tiene la conciencia atribulada, que Cristo ha llevado los pecados del mundo sobre sus hombros a la cruz y allí ha hecho el pago completo por todos ellos. Aun las ofrendas que permiten sostener la predicación del evangelio aquí por su pastor son un acto de adoración y alabanza a Cristo que ayuda para que el evangelio se haga conocer en el mundo. Y ofrendas especiales para las misiones ayudan a llevar el evangelio a otras partes en el Perú y finalmente en el mundo entero. Verdaderamente el Señor ha hecho cosas maravillosas para nosotros, y es un privilegio poder participar en hacer sabido esto por toda la tierra.

Y finalmente, celebramos esta mañana porque nuestro Señor promete estar con nosotros siempre. “Regocíjate y canta, moradora de Sión; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel”. Se dirige al Sión espiritual, a la iglesia de creyentes del Nuevo Testamento. El mismo Señor que nos ha redimido y salvado de la muerte, del infierno, del poder del diablo, también promete estar con nosotros siempre. Mientras se proclama aquí la palabra del Señor, el evangelio de la salvación por medio de Cristo, y hay creyentes que se reúnen aquí, Cristo mismo, el gran Salvador, estará en medio de nosotros. Es lo que Cristo promete en Mateo 18 a las congregaciones cristianas. “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18.20). Además, antes de ascender al cielo Jesús aseguró a su iglesia: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20).

Así tienen mucho para celebrar hoy, y realmente todos los domingos. El Señor nos ha salvado de la ira; nos provee continuamente con las aguas de salvación; nos permite llevar inclusive a otros a estas preciosas fuentes de salvación, y porque el Señor nos acompaña continuamente. Que Dios les bendiga siempre. Amén.